

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general prosiguió su visita desde Cuauhtitlán, hasta que volvió a México a acabarla”

p. 138-144

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo I*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras  
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_01/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

aquella guardianía. El convento está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en la cual se dan nueces y otras frutas y mucha hortaliza; riégase todo con el agua que sale de una fuente que nace dentro de la misma huerta, que es mucha cantidad; el edificio del convento es bueno, su vocación es de San Matheo, los frailes que en él moran son cuatro y toda es tierra templada.

Xichú es un pueblo pequeño de indios otomíes, puesto entre los chichimecas de guerra, en el cual hay de ordinario cuatro soldados españoles de presidio; es tierra templada, más fría que caliente; dánse por allí muchas y muy buenas uvas y algunos higos, y críase mucho ganado mayor, especialmente de lo vacuno. Han acudido a aquel pueblo muchas veces los chichimecas de guerra, pero los otomíes que en él están le han defendido muy bien; tienen las casas hechas de adobes con sus *tlapancos* (que son las azuteas) de tierra, y cuando se ven en estos rebatos, meten sus hacendillas y mujeres en la iglesia del convento, que también es de paredes de adobes cubierta de paja, y ellos defienden su tierra con el arco y la flecha. El convento no estaba acabado, ni es más de una casita hecha asimesmo de adobes; la vocación es de San Juan Baptista; moran en ella dos religiosos, los cuales, como los del pueblo, están y viven en grandísimo peligro. Tienen una huerta en que se dan muchas uvas y otras frutas y alguna hortaliza. Cae aquel pueblo y los demás de la guardianía, que también son otomíes, en el arzobispado de México. A este convento, como dicho es, no envió el padre comisario general quien le visitase por las razones referidas, los demás visitó el guardián de Tezcuco y volvió a su tiempo con la visita al padre comisario, el cual quedó en Cuauhtitlán, y será bien volver a verle y acompañarle en la visita de los otros conventos que le quedaban y restaban por visitar.

#### [CAPÍTULO XXI]

*De cómo el padre comisario general prosiguió su visita desde  
Cuauhtitlán, hasta que volvió a México a acabarla*

Despachado pues, como queda dicho, el guardián de Tezcuco a visitar los conventos sobredichos, y visitado el convento de Cuauhtitlán por el padre comisario, salió de allí sábado veinticinco de enero muy de madrugada, y pasados algunos arroyos y acequias, que salen de una laguna que está cerca del pueblo, por unas alcantarillas y pontezuelas de madera,

y pasado un riachuelo por otra puente asimesmo de madera y algunas barranquillas y muchas heredades de trigo, y andadas cinco leguas, llegó finalmente poco después de salido el sol a un bonito pueblo de indios otomíes, visita del convento de Tepéxic, donde descansó y comió un bocado con sus compañeros al fuego que los indios hicieron, porque es demasiado el frío que por allí hace, con lo cual y con la madrugada tan grande que habían llevado, tenían todos necesidad de calentarse; prosiguió luego su viaje, y andadas tres leguas con muy recio sol, en que se pasan algunos arroyos y cuestras, llegó muy cansado entre diez y once al pueblo y convento de Tullan. Antes de entrar en el pueblo se pasa un buen río por una puente de madera muy larga y alta. El pueblo es grande, recibieron al padre comisario los indios dél con mucha fiesta y solemnidad; ellos y los demás de aquella guardianía son mexicanos y otomíes, aunque la mayor parte son otomíes; los unos y los otros caen en el arzobispado de México. Allí en Tullan moran algunos españoles, y en aquel río se pescan muchos y muy buenos bagres. El convento está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, y todo es buen edificio; en la huerta se dan muchas nueces y uvas y algunas otras frutas y mucha hortaliza; riégase todo con agua de pie; la vocación del convento es de San José y moraban en él cuatro religiosos; visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente. Estuvo allí el padre comisario muy indispuesto porque la tierra es fría, y la celda que le dieron no tenía abrigo ninguno, y así se medio pasó como la otra vez en San Juan de Tlaxcalla, pero con beneficios que se le hicieron y principalmente con el ayuda de Dios, el cual le quería guardar para mayores trabajos, se alivió el mal y poco a poco se despidió aquel accidente.

En aquel convento de Tullan están enterrados dos religiosos, grandes siervos de Dios, el uno se llama fray Cristóbal de Zamora, de la provincia de San Gabriel, el cual en el siglo se llamó don Cristóbal Romero, y fue copero de la reina doña Leonor, hermana del emperador Carlos V; que casó con Francisco de Valois, rey de Francia, lo cual se supo después de su muerte, porque en vida no se quiso dar a conocer por su mucha humildad; fue varón de gran santidad y perfección, muy pobre y dado a la oración y contemplación; murió santamente. El otro religioso se llamaba fray Pedro del Castillo, de la provincia de la Concepción, el cual aprendió la lengua mexicana y otomí, y predicando y confesando en ellas convirtió muchos infieles y los trujo a la fe y procuró conservarlos en ella, no cansándose en estos ejercicios, y era tanto el celo que tenía de la salvación de las almas que se olvidaba de comer y de tomar su necesidad; exhortaba a los frailes a que aprendiesen la lengua de los indios, y él mismo se la enseñaba, y siendo ya viejo y estando privado de la vista corporal, hacía



a algún indio o fraile que le leyese algún libro de la lengua para que no se le olvidase y pudiese predicar; tuvo en esta enfermedad, y en otras con que Dios le quiso purificar, grandísima paciencia, fue muy pobre, obediente y austero, y muy dado a la oración, y al fin murió santamente.

Lunes veintisiete de enero salió el padre comisario de Tullan mucho antes que amaneciese, y tornando a pasar el río por la misma puente por donde dos días antes había entrado, y andada como una legua por sus orillas, le pasó otra vez por un vado muy malo y con una noche muy oscura y un paso tan pestilencial por unas peñas o lajas, que la bestia en que iba rodó por ellas, y echándose él de presto abajo, fue asimesmo rodando delante de la bestia, pero quiso Dios que ninguno de los dos se hizo mal ninguno. Poco más adelante llegó a otro paso y mal país tan pedregoso y malo de pasar que con trabajo y dificultad le pudo pasar a pie; después, dejando a la banda del norte un poblezuelo algo apartado del camino, y pasado un riachuelo y dos o tres arroyos y andadas tres leguas, llegó a decir misa temprano al pueblo y convento de Tepéxic, que por otro nombre se llama San Francisco del Río; recibieronle los indios con mucha solemnidad, fiesta y devoción, que toda es gente muy devota; el pueblo es de mediana vecindad de indios otomíes, y destos mesmos son los demás pueblos de aquella guardanía; todos caen en el arzobispado de México. El convento es moderado, tiene buen edificio de cal y canto y está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en la cual hay algunos nogales, duraznos y otros árboles, y mucha hortaliza; todo se riega con agua de pie; la vocación del convento es de nuestro padre San Francisco, hace en él mucho frío y moraban tres religiosos; visitólos el padre comisario y detúvose con ellos no más de aquel día.

Martes veintiocho de enero salió de Tepéxic muy de madrugada, y pasado muy de noche y con grande obscuridad el río de Tullan que corre por allí cerquita, salió al camino real que va de Cuauhtitlán a Tullan, y andadas aquellas cinco leguas en que se pasan los arroyos y acequias atrás referidos, llegó al mesmo pueblo de Cuauhtitlán, y sin entrar en el convento ni detenerse pasó de largo, y andada la otra media legua, llegó antes de comer al pueblo y convento de Tultitlán, donde fue muy bien recebido y se detuvo todo aquel día. Pasó aquella madrugada el padre comisario el río de Tullan sobredicho a pie por una puente de madera mal hecha, por la cual no podían pasar las bestias, y con él pasó asimesmo su secretario; los demás pasaron por el vado, excepto fray Sebastián Rivero, el *nauatlato*, que no atreviéndose a pasarle se volvió a la puente, y aunque la pasó bien, dio después en un arroyo que corre cerca della sin ver lo que hacía, y mojóse de tal suerte que a todos hizo lástima; no volvió a Tepéxic que estaba cerca (aunque el padre comisario se le rogaba y aconsejaba), di-



ciendo que no era nada, pero como era viejo y hacía frío, y se le iba poco a poco entrando la humedad del agua en el cuerpo, íbase helando, y así llegando junto al pueblo donde a la ida el padre comisario había descansado, sábado por la mañana, se fue allá y se enjugó y calentó y llegó a Tultitlán cuando los demás estaban comiendo, los cuales recibieron con él mucho contento.

Miércoles veintinueve de enero salió el padre comisario antes que amaneciese de Tultitlán, y caminando por el camino real, dejando a Tlane-pantla a la mano derecha, y pasado un pueblo que está camino de México, y junto a él un río por una puente de piedra, y después unos malos pasos y atolladeros que se hacen de otro riachuelo con que se riegan los muchos trigos que por allí se siembran, y después el mismo riachuelo por otra puente de piedra y un pueblo grande llamado Ixcapuzalco, donde hay un convento de dominicos, llegó finalmente a decir misa al pueblo y convento de Tlacuba, cuatro leguas de Cuauhtitlán donde fue muy bien recibido. Aquel pueblo y los demás de aquella guardianía son de indios mexicanos y otomíes, y caen en el arzobispado de México. A la banda de occidente de Tlacuba están unos altos donde se siembra y coge mucha suma de trigo; llámense los altos de Tlacuba y México, y por aquel tiempo lo estaban segando. De Tlacuba a México hay una legua, como dicho es, de camino muy deleitoso de huertas y casas de placer por una parte y por otra, en que se dan muchas y muy buenas frutas de Castilla, mucha rosa castellana, trébol, hinojo, cardos y todo género de hortaliza; es en conclusión aquello la recreación de México. El convento de Tlacuba está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en la cual se dan muchas nueces, higos, uvas, peras, duraznos, priscos, manzanas y otras frutas, y mucha y muy buena hortaliza; riégase todo con agua de pie que entra en ella. La vocación del convento es de San Gabriel; moraban en él cuatro religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Viernes treinta y uno de enero salió el padre comisario de Tlacuba buen rato antes que amaneciese, y pasados algunos arroyuelos y después por entre Chapultepec y Santa Fe, llegó al pueblo llamado Tlacubaya, donde hay un convento de dominicos; pasó de largo, y pasados otros dos arroyos y por otro pueblo llamado Cuyucan, donde hay otro convento de los mismos padres, salió a la calzada que va de México a Xuchimilco, donde llegó, andadas cuatro leguas, a decir misa; hízosele allí muy solemne recibimiento y grandísima fiesta, con mucho concurso de gente, indios e indias que con una devoción extraña acudían a besarle la mano, y dábanse tanta priesa que no dejaban andar al padre comisario, porque les parecía que era caso de menos valer detenerse y ser perezosos en una obra como aquélla. Hacen raya en devoción a nuestro hábito aquellos

indios entre todos los demás de aquella provincia; dellos y de su cibdad y de la laguna y convento queda ya dicho atrás, y así al presente no se dice más de que el padre comisario visitó aquel convento y se detuvo en él aquel día y los dos siguientes, y que el día de la purificación de nuestra Señora predicó a los españoles que en aquella cibdad y en las estancias comarcas residen, que no son pocos.

Estando allí el padre comisario le escribió el virrey otra carta en que, entre otras cosas, le decía que acabase la visita de aquella provincia y se fuese a otra.

Lunes tres de febrero salió el padre comisario de Xuchimilco por una larga calzada en que hay muchas puentes, y andada una legua pasó por un pueblo llamado San Pedro, puesto en un valle cuasi cercado de cerros. Después anduvo otra legua de camino muy sabroso y llegó, al salir del sol, al pueblo y convento de la Milpa, donde aunque era de mañana se le hizo muy buen recibimiento. Es el pueblo de mucha vecindad de indios mexicanos, está fundado en una ladera de una sierra; danse en él muchas y muy buenas tunas; tienen los indios de aquel pueblo mucha falta de agua, especial los que están en lo bajo de la ladera, los cuales van una legua de allí por ella; los de arriba no padecían tanta necesidad, porque en la plaza, que es junto al convento, había una fontecita que echaba un caño de agua muy delgado de que se proveían, y no todos, por no haber para tantos; íbase trayendo más agua encañada de lo alto de la sierra para remediar esta falta y necesidad. Los demás indios de aquella guardanía son también mexicanos, y todos, con los de la cabecera, son del arzobispado de México y sujetos a la cibdad de Xuchimilco. El convento tenía hecho un buen cuarto de cal y canto, nuevo y recio, todo lo demás era viejo que se iba cayendo; hay en él una huerta, la cual se riega cuando llueve; la vocación del convento es de la asunción de nuestra Señora y residían en él dos frailes; visitólos el padre comisario y detúvose con ellos sólo aquel día

Estando en aquel convento le llegó otra carta del virrey con mensajero cierto y propio, en que entre otras cosas le decía que acabase la visita y se fuese, señal de que el provincial y sus allegados le daban demasiada prisa, pues él la daba tan grande al padre comisario.

Martes por la mañana, cuatro de febrero, salió el padre comisario de la Milpa, ya salido el sol, y andaba una legua de cuesta abajo, llegó al pueblo y convento de San Antonio Tecómitl, donde fue recibido con mucha fiesta, alegría y devoción de los indios. Está fundado aquel pueblo cerca de la laguna de Xuchimilco o Chalco, en unos arenales, apartado un poco del camino real que va de Ayotzingo a México; los vecinos de aquel pue-



blo y de los demás de aquella presidencia son mexicanos y de aquel arzobispado, sujetos a Xuchimilco; el convento es una casita pequeña hecha de adobes, con su iglesia, claustro y celdas altas de lo mismo, no tiene agua de pie, pero hayla en el pueblo de pozo muy buena, moraban en aquella casa dos frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos hasta la tarde.

Aquel mismo día, cuatro de febrero por la tarde, salió el padre comisario de San Antonio Tecómitl para volver a México, y allí junto le salieron al camino unos indios de un pueblo llamado San Juan y le hicieron fiesta con música de trompetas y le ofrecieron una poca de fruta; dioles las gracias el padre comisario y pasó adelante, y llegado a otro pueblo llamado Santiago, le salieron a recibir con cruces y pendones, música de flautas, chirimías y trompetas, y le ofrecieron ramilletes y guirnaldas de flores olorosas; pasó adelante después de habérselos agradecido, y pasado el otro pueblo llamado San Matheo, donde le hicieron casi el mismo recibimiento, llegó temprano a Xuchimilco, dos leguas de Tecómitl, donde se detuvo aquella noche y estuvo muy indispuesto.

Allí en Xuchimilco dio patente el padre comisario general a fray Juan Cansino, el que había quedado en México por procurador de las provincias y comisario de aquella corte en lugar de fray Pedro de Zárate, para que fuese a España a informar al padre comisario general de Indias, y a nuestro padre general, y si necesario fuese al Consejo real de las Indias y al mismo rey, la resistencia que se le hacía en aquella provincia y el poco favor y ayuda que el virrey le daba para poder hacer su oficio y otros negocios tocantes a las demás provincias; diósele esta patente al dicho fray Juan Cansino, para que en la flota primera se embarcase. Lo que cerca desto sucedió adelante se verá.

Miércoles cinco de febrero salió el padre comisario muy de madrugada de Xuchimilco, y andadas aquellas cuatro leguas por la calzada entró en México al amanecer. Pasó por la puerta de San Francisco cuando el reloj daba las seis, y llegó al convento de Santiago Tlatilulco cuando los frailes estaban en prima. Está aquel pueblo de Tlatilulco pegado con la misma cibdad de México, es poblazón muy grande de indios mexicanos, los cuales con los demás de aquella guardianía, que son muchos y de la misma lengua, caen en el arzobispado de México; hay entre ellos muchos mercaderes que tienen mucha hacienda y trato; moran en Tlatilulco muchos españoles y mestizos y hácese allí cada semana un *tiánguez* o mercado muy solemne en una plaza muy grande y cuadrada que está junto al convento; a este pueblo llega la fuente que viene encañada de Santa Fe y pasa por México, y parte della entra en nuestro convento, el cual está acabado con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en la cual se dan algunas nueces,

higos, duraznos, albarcoques y otras frutas y alguna hortaliza, riégase todo con el agua de la fuente sobredicha. Dentro del patio deste convento está edificado un colegio de la vocación de Santa Cruz, donde enseñan los indios niños a leer y escribir y contar y la gramática; el patrón deste colegio es el rey y tiene cuidado dél un religioso de aquel convento y hay renta en el colegio con que se pagan los maestros que enseñan a los niños; a la otra parte del patio hay un hospital, donde se curan indios y indias y se les hace caridad y regalo. El convento de Santiago Tlatilulco está apartado de la laguna de México, y así goza de sitio más sano que el de San Francisco; moraban en él siete religiosos; visitólos el padre comisario, aunque por estar muy indispuerto se tardó algunos días en la visita.

Concluida la visita de Tlatilulco se pasó el padre comisario a San Francisco de México, y desde allí visitó el convento de Santa Clara, de monjas de aquella orden, que está en aquella cibdad, sujetas a la nuestra; acabóse de visitar a los diez y siete o diez y ocho de febrero y quedaron las monjas muy consoladas. Había entonces más de noventa profesas, todas muy religiosas y siervas de Dios, y a aquel convento y a los demás de monjas que hay en aquella cibdad, ha hecho nuestro Señor un beneficio tan grande que nunca hasta entonces había habido escándalo ninguno dellos ni nota alguna de liviandad, sino mucha religión y clausura en todos. El sitio del convento de Santa Clara es en lo bueno de México; fibase haciendo muy fuerte y con buena traza, y será, cuando esté acabado, de los buenos de aquella cibdad. Aunque tenía renta padecían las religiosas necesidad por acudir a la obra de la casa, la cual concluida tendrán más descanso y menos necesidad; tienen un vicario que les da cada capítulo, el cual mora en San Francisco, y con un compañero les va a decir misa cada día y administrar los santos sacramentos cuando es menester. En aquel convento se guarda una canilla de la pierna de una de las once mil vírgines, la cual trujo de España el padre fray Alonso Ponce, comisario general, y la puso allí con testimonio de ser tal reliquia.

## [CAPÍTULO XXII]

### *De algunas cosas que sucedieron en México al padre comisario hasta que el virrey le mandó salir de aquella provincia*

Estando en México el padre comisario, en el ínterin que visitaba el convento de Santa Clara, y antes y después de la visita, le sucedieron